

## LOS OLMECAS NO SON JAGUARES

Rubén Bonifaz Nuño

La abrumadora mayoría de las esculturas olmecas representa a seres humanos; sus rostros pueden ser claramente de hombre, como en las cabezas colosales (fig. 1), o bien presentar rasgos estilizados de manera particular (fig. 2); precisamente la interpretación de éstos, ha dado origen a una teoría generalmente aceptada, cuya falsedad pretendo demostrar en las siguientes páginas.

De hecho, en algún momento a alguien le pareció que tales rasgos estilizados representaban la máscara de un jaguar. A partir de esa interpretación, que sólo el descuido y la falta de atención profesional pudo tener por verdadera, se ha considerado que los olmecas veneraban a un dios jaguar; que provenían, según ellos, de un cruce de jaguares y seres humanos; se habla, así, de hombres jaguares y de un pueblo del jaguar.

Haré una historia del nacimiento de esa teoría, apuntando también sus antecedentes y sus consecuencias.

En 1887, Alfredo Chavero, en el volumen inicial de *México a través de los siglos*, tratando de probar la existencia de la raza negra en el México antiguo, analiza uno de aquellos rostros estilizados en un hacha de piedra procedente de Veracruz (fig. 2); lo ve como un rostro de hombre cuya chata nariz y cuyos bellos pronunciados lo definen, a su parecer, como perteneciente a esa raza (Chavero, 1887:64).

Poco después, George F. Kunz, estudiando un hacha análoga (fig. 3), concluye que representa una grotesca figura humana (Kunz, 1890:278). Ni Chavero ni Kunz, los dos que inicialmente

se ocuparon en este tipo de rostros olmecas, vieron en ellos otra cosa que rostros humanos estilizados.

Pero en 1900, Marshall H. Saville, en breve artículo referido a la misma hacha estudiada por Kunz, sentó, aunque tímidamente, las bases del error que después sería admitido generalmente como verdad. Allí dice que el rostro del hacha “representa aparentemente una máscara de jaguar” (Saville, 1900:140).

Transcurridos varios años en silencio, en 1929 Saville regresa al asunto. Ahora ya sin ninguna timidez, va a afirmar que los rostros olmecas figuran máscaras de jaguar. Amplía el número de sus objetos de análisis, y procura dar fundamento a su opinión.

Vuelve al examen del hacha de Kunz, y dice: “La talla en el frente representa la máscara convencional de un jaguar, con peculiares ojos oblicuos en forma de almendra, colmillos prominentes, pequeños orificios nasales y un inmenso labio superior abocinado” (1929:268).

Hay que señalar que los colmillos, ahora simplemente calificados de prominentes, habían sido vistos por él en su primer artículo como agudos (1900:140), a pesar de que en realidad muestran extremos planos y hendidos.

Los rasgos que él mira ahora como propios del jaguar, son los ojos oblicuos y almendrados, la nariz de breves fosas y el labio superior inmenso y abocinado. Desde luego, puede afirmarse de plano que este último no es en modo alguno rasgo propio de ese felino, quien, para empezar, carece de labios, y que las fosas de la nariz del jaguar difícilmente se relacionan con las de los rostros en cuestión.

En cuanto a los restantes rasgos —forma de los ojos y colmillos—, el propio conjunto de los rostros aducidos por Saville prueba que no son constantes y, por tanto, no pueden ser tomados como definitorios de un carácter general.

Tomaré como ejemplo sólo cuatro de esos rostros, a fin de demostrar, con las diferencias que presentan entre sí y que son reconocidas por el propio Saville, que sus ojos y colmillos tampoco constituyen rasgos característicos del jaguar.

Los cuatro rostros a que me refiero son el del hacha de Kunz (Saville, 1929:266-269) (fig. 3), el de una pieza del Museo Británico (ib.:269) (fig. 4), el de un hacha de la Colección Dorenberg (ib.:276) (fig. 5) en el Museo Americano de Historia Natural, y el de un ídolo del Museo de Washington (ib.: 280) (fig. 6).

Si se comparan entre sí estos cuatro rostros, se advierte de inmediato que aquellos "ojos oblicuos y en forma de almendra", que sirvieron a Saville como base para sugerir los rasgos del jaguar, sólo se encuentran en el primero; el segundo y el cuarto los tienen cuadrangulares y horizontales, con cejas que serían posteriormente llamadas de sierra o de flama; los del tercero, situados también en sentido horizontal, son redondeados en su parte exterior y apuntados en los lagrimales.

De esta suerte, si los ojos del primero, por su forma, recordaran los del jaguar, cosa discutible, habría que reconocer que los de los otros tres carecen de toda relación con ellos.

En lo concerniente a los colmillos: el primero tiene, a cada lado de la boca, dos grandes colmillos corvos, uno superior, inferior el otro, los inferiores puestos por fuera de los superiores. Los cuatro terminan en extremos planos hendidos. No presentan, pues, relación alguna, ni por su posición ni por su forma, con los del felino, que vistos de frente son rectos y puntiagudos, y están colocados de manera que los superiores contienen a los inferiores. Pero supóngase, como quiere Saville, que son de jaguar.

Véanse los otros tres rostros: el segundo y el cuarto no llevan colmillos en absoluto; muestran las encías desnudas. El tercero deja ver solamente dos cortos colmillos agudos, nacidos a ambos lados de la mandíbula superior.

Resulta claro que tampoco la existencia de los colmillos define esencialmente los rostros olmecas, supuesto que aquéllos pueden faltar o cambiar en su forma y en su número.

Con todo eso, Saville insiste en su errónea apreciación original, y a pesar de que ve que ni ojos ni colmillos se mantienen siquiera

semejantes o análogos en los rostros que estudia, sigue considerando, a pesar de sus diferencias, que todos son de jaguar.

En su empeño de demostrarlo, recurre ahora a un presunto argumento iconográfico que prueba definitivamente en su contra.

Recuerda, así, la gran figuración azteca del jaguar: el famoso cuauhxicalli que guarda la entrada de la Sala Mexica en el Museo Nacional de Antropología (fig. 7), y dice:

“El rostro de jaguar de esta maravillosa escultura corresponde cercanamente a la máscara convencionalizada de nuestras hachas votivas” (ib.:289).

La comparación del rostro de este jaguar con los figurados en las mencionadas hachas, demuestra exactamente lo contrario de lo que Saville quiere: ningún parentesco existe entre ellos; no consienten aproximación formal ninguna.

Para comenzar, faltan en el jaguar azteca los que son efectivamente rasgos esenciales del tipo de rostros olmecas que se analiza: la boca de esquema trapecial con el labio superior amplísimo en su parte más alta y descendente en los extremos, y la nariz de pequeñas fosas que sobre dicho labio descansa, y cuya parte baja es siempre triangular, rasgos éstos que, como antes dije, no son de felino.

Luego, los ojos del jaguar de los aztecas, con su centro circular, en nada se emparentan con los almendrados y oblicuos u horizontales y rectangulares o en forma de lágrima horizontal de los rostros olmecas a que se alude.

Por último, ese jaguar, como su modelo natural, carece de labios. Tras los bordes del hocico, su encía queda figurada por una banda ininterrumpida y ondulante, de la cual nacen, a los lados, colmillos apenas curvos y de esquema triangular, situados los inferiores y los superiores en la misma relación que en los jaguares reales, y entre los cuales y detrás de los cuales se acomodan los dientes.

Ningún rostro olmeca se aproxima a estos rasgos.

Además, la nariz felina del cuauhxicalli, con su división central establecida verticalmente y sus alas en voluta descendente,

que da a las fosas forma de comas encontradas, es cabalmente inversa a la nariz de los rostros ejemplificados por Saville. En ésta, la línea horizontal dibuja el contorno superior.

Su argumento iconográfico, pues, demuestra que está equivocado.

Alguien podría decirme que no es debido comparar representaciones correspondientes a distintas culturas, que varían en sus maneras de concebir y emplear los recursos formales. Lo admito, aunque aclaro que es Saville quien propone la anterior comparación.

Empero, sucede que entre los olmecas hay, aun cuando escasas, representaciones de jaguares.

Un ejemplo: en enero de 1987, se halló, a corta distancia de San Lorenzo en Veracruz, una escultura de jaguar que sin duda pertenece a la cultura olmeca. Su rostro, éste sí emparentado de cerca con el del cuauhxicalli azteca, enseña rasgos por completo distintos a los de los rostros objeto de la discusión (fig. 8).

Así, está ausente de él la boca de contorno trapezoidal que define a aquéllos. La banda en relieve que circunda la de éste, presenta el mismo ancho en la parte alta que en la baja, y encierra un espacio en forma de paralelogramo con los extremos curvos.

Dentro de ese paralelogramo, en la parte superior, queda representada la encía, de donde nacen a los lados largos y gruesos colmillos rectos en su descenso, entre los cuales se sitúan, como en la figuración azteca, cuatro dientes en vez de los seis que llevan los felinos.

La nariz y sus fosas se establecen también de manera análoga a como lo hacen en el otro. Los ojos son redondeados y salientes.

La imagen olmeca del jaguar, lo mismo que la azteca, da sólido sustento para afirmar que la teoría de Saville, de acuerdo con la cual los rostros olmecas estilizados del modo que se ha dicho representan máscaras de jaguar, es un rotundo desatino.

Sin embargo, como ya dije, esa teoría ha sido generalmente aceptada y difundida por los estudiosos de la cultura olmeca.

De este modo lo han hecho, y sólo cito algunos nombres, Vaillant, Krickeberg, Soustelle, Coe, Drucker, Stirling, entre los extranjeros, y entre nosotros Caso, Bernal, Toscano, Covarrubias.

Que yo conozca, sólo dos autores se han negado a admitirla. Ellos son Carlo T. Gay (1971) y Karl W. Luckert (1976), y ambos afirman que los rostros olmecas tienen rasgos serpentinos. El primero de ellos no ofrece, hasta donde sé, pruebas de su afirmación. Luckert dice que el rostro olmeca estiliza el de una serpiente (Luckert, 1976:22, 82 etc.). Bastaría con parangonar uno y otro para percibir la inexactitud de su dicho (fig. 9).

Vayamos otra vez a los rostros figurados en las hachas votivas de que se está hablando, y cuyo tipo se encuentra en muchas otras esculturas olmecas grandes y pequeñas. Algunos ejemplos: el tocado del Monumento 1 de San Martín Pajapan (fig. 10), el Monumento 10 de San Lorenzo (fig. 11), la figura menor del Monumento 1 de Las Limas (fig. 12). Los rasgos que caracterizan a todos y cada uno de ellos, vuelvo a repetirlo; sus rasgos fijos y compartidos, son esa boca de límites trapeciales, con el labio superior de amplia parte alta que, adelgazándose, desciende a los lados, y con el labio inferior más angosto y encorvado hacia arriba, y esa nariz triangular en su porción de abajo, apoyada en la recta que forma lo alto de la boca.

Saville y sus seguidores opinan que esos rasgos corresponden a los de un rostro de jaguar; Gay y Luckert, que corresponden a un rostro de serpiente. Unos y otros, como se ha visto, yerran.

Coincidiendo con Gay y Luckert en sostener la índole serpentina de los tantas veces dichos rasgos, en mi libro *Imagen de Tláloc* (Bonifaz Nuño, 1986:45) propuse una nueva hipótesis. Allí, cuando comenté el admirable cuadro iconográfico de Covarrubias (1946:169) (fig. 13), dije que la boca olmeca corresponde a una estilización de dos bocas de serpiente puestas una enfrente de la otra. No representa, así, ni una boca de jaguar ni una boca de serpiente.

Un monumento olmeca recientemente puesto en exhibición en el Museo de Antropología de la Universidad Veracruzana, ha venido a comprobar plenamente la validez de mi hipótesis.

Se trata de un amplio rostro de piedra cuyo labio superior muestra, con encandilante claridad, que está formado por el enfrentamiento de dos cabezas de serpiente puestas de perfil (fig. 14).

Ese rostro, por lo demás, muestra la típica boca trapecial y la nariz inscribible en un triángulo.

Según datos proporcionados por Fernando Winfield Capitaine, director de ese museo, el monumento procede de Acayucan, Veracruz; mide 91 cm. de alto, 55 de ancho mayor y 21 de espesor; está esculpido en piedra volcánica de oscuro color gris.

Las líneas generales del rostro son característicamente olmecas: suavidad de los contornos, amplitud de las mejillas en su descenso, antes de volverse hacia dentro para engendrar la muelle curvatura del mentón; división en forma de V de lo alto de la cabeza (fig. 15).

Dentro de tales contornos se sitúan, en esquema básico, las facciones también olmecas sin lugar a discusión.

Bajo el tocado y la anchura de la frente, las horizontales hendeduras de los ojos se miran separadas por abultado entrecejo que se abre hacia arriba, también en forma de V. Entre los brazos de esta V y las hendeduras oculares, se relevan los párpados superiores.

La nariz, de alas encorvadas, tiene esculpidas las fosas.

La boca, ya se apuntó, reitera la silueta en forma de trapecio que define este tipo de rostros olmecas. El labio inferior, con su curvatura, se acomoda en el espacio que origina la línea de abajo del otro, que es ancho y horizontal en su parte media, descendente en sus extremos.

La boca está entreabierta. Mórbito, el mentón la limita y la sustenta.

Poblando los espacios creados por las simples líneas de ese esquema, hay un conjunto de figuraciones merced a las cuales el monumento se vuelve en característico y único.

Una doble serie de rostros en parejas asimétricas baja desde el tocado hasta la parte inferior de las mejillas, a la altura de los extremos de la boca. Aclarado ya que el labio superior de la boca olmeca lo forman dos cabezas de serpiente que se enfrentan, y

viendo que los rostros aquí representados tienen todos ese modo de labio, es lícito afirmar que ellos, al igual que aquel que los contiene, comparten la naturaleza del hombre y de la serpiente (fig. 16).

Tales rostros humanos y serpentinos a la vez, se distribuyen en siete parejas; son 14 en total.

La pareja más alta está en el centro del tocado. Frente a frente, los rostros que la componen se aproximan en los extremos de la nariz y la boca, y el borde de la mandíbula inferior.

Central también, otra pareja de rostros forma la V de las cejas. Podría atribuírseles apariencia infantil.

Las cinco parejas restantes se sitúan a ambos lados del gran rostro, el monumento por el cual son contenidas todas.

Las dos más altas, una a la altura de las cejas, a la altura de la nariz, la otra, aparecen formadas por rostros independientes entre sí.

Todos los rostros hasta aquí enumerados, miran hacia dentro

Los rostros que integran las tres parejas restantes, se conectan de manera que cada uno viene a ser una suerte de tocado del que le queda abajo. Los más altos, asimismo a la altura de la nariz y puestos exactamente bajo los párpados, ven también hacia dentro. Miran hacia fuera los otros cuatro.

Hay así, insisto, siete parejas de rostros con facciones de hombre y serpiente combinadas, como las del gran rostro donde están esculpidas.

Pero el gran rostro encierra también otros seis, también dispuestos en parejas; los seis son puramente serpentinos (fig. 17).

En efecto, los párpados superiores del rostro monumental se forman de cabezas de serpiente con las fauces abiertas, orientadas hacia el exterior.

A su vez, los párpados inferiores representan delgados cuerpos de sierpes cuyas cabezas, una frente a la otra, marcan el puente de la nariz. Son visibles sus colmillos y sus lenguas.

Por fin están, enfrentadas también, las cabezas serpentinadas que definen y explican la naturaleza del labio superior, rasgo esencial de esta clase de figuraciones olmecas.

Hasta aquí, en sus elementos más simples y perceptibles, la descripción del monumento olmeca nuevamente puesto en exhibición en el Museo de Antropología de la Universidad Veracruzana.

El análisis pormenorizado de cada uno de los elementos en él reunidos, permitirá seguramente establecer innumerable serie de relaciones entre éste y otros monumentos olmecas, y a partir de allí, plantear nuevos problemas y extraer soluciones que en algún modo pongan luz en aspectos todavía oscuros de la cultura a que pertenece.

Doy a continuación algunos ejemplos de cómo este monumento revela sus relaciones con otros.

Por principio: el hecho de que el monumento lleve sobre sí rostros esculpidos en relieve, lo acerca a otros donde se advierten representaciones análogas.

De esta suerte, al Monumento 44 de La Venta, en el cual un rostro lleva como tocado otro humanoserpentino, y cuatro más, dos en cada uno de sus lados (fig. 18).

También de La Venta, a los monumentos 70 y 72. El primero de ellos tiene cuatro rostros: uno al frente, uno posterior y dos laterales, y el segundo, que es una figura humana completa, lleva relevados cinco rostros en la espalda y uno en cada brazo.

Los rostros infantiles en apariencia que constituyen las cejas de éste, podrían recordar algún rostro de los representados en el Altar 5 de la Venta; concretamente, el de la figura como de niño situada a la izquierda en el lado derecho del mismo (fig. 19).

Las serpientes en el lugar de los párpados superiores, combinadas con los sobredichos rostros de las cejas, ponen este monumento en relación, por ejemplo, con las máscaras ilustradas por Covarrubias (1961:88, fig 35), sobre cuyos ojos, se colocan rostros humanoserpentinicos. Es el elemento que Joralemon (1971:7) llama placa ocular (fig. 20).

Los rostros que en él se sitúan uno sobre el otro, de modo que el inferior parece llevar como tocado a aquel que tiene encima, lo emparentan con monumentos como el ya citado 44 de La Venta (fig. 19) y el 1 de San Martín Pajapan (fig. 10), donde los tocados están constituidos por rostros.

El diseño del labio inferior (fig. 21) es semejante al de la mandíbula de abajo de ciertas figuraciones ofídicas de la cerámica olmeca de Tlatilco (fig. 22) y Tlapacoya (fig. 23), y del Monumento 19 de Laguna de los Cerros (fig. 24).

Por último, están las serpientes enfrentadas en el espacio del labio. Tanto ellas como las que hacen los párpados superiores, llevan a pensar en las que aparecen en el Monumento 19 de La Venta (fig. 25).

Pero la relación fundamental que esas serpientes bucales establecen, va mucho más allá.

Aparte de que su presencia puede explicar, a través de la forma, el sentido de las múltiplemente consideradas imágenes olmecas que presentan ese tipo de labio, y seguramente otras muchas más, tales serpientes, al relacionarse con representaciones ofídicas originadas en culturas posteriores, afirman la permanente existencia de un concepto fundamental del pensamiento mesoamericano, al cual no he de referirme aquí. Esas serpientes justifican la noción de la cultura olmeca como cultura madre de las que en Mesoamérica la siguieron.

Efectivamente, vestidas con formas diferentes darán sentido a las representaciones de Cocijo, de Chaac, de Tajín, de Tlaltecuhli, de Tláloc. Aparecerán en todos nuestros lugares y en todos nuestros tiempos.

Son las mismas serpientes que, perfeccionadas por su unión con la forma humana, se enfrentarán, unificándose para construir la cima de la mal llamada Coatlicue.

Intentaré ahora, apoyándome en los elementos de forma e imagen que he venido exponiendo, una interpretación preliminar de este monumento.

Tengo para mí que, según se desprende de sus peculiares características, es una pieza tardía. De allí, particularmente, se engendra su valor excepcional.

Pienso aquí en otra pieza, así mismo tardía, obra ésta de la cultura azteca: el Tláloc de la Colección Uhde, del Museo de Etnografía de Berlín, al cual llamaré "Tláloc Uhde" (fig. 26).

En ella, el rostro de Tláloc define y aclara su esencia: lo forma, sin duda, el enfrentamiento de dos serpientes sobre la estructura de un rostro humano.

Mi hipótesis, propuesta y fundamentada en mi ya mencionado libro *Imagen de Tláloc*, es que esa pieza se hizo con el fin de establecer a plena luz cuál fue, desde el principio, la naturaleza de ese rostro, representado antes por medio de formas abstractas: aquella “bigotera”, aquella lengua, aquellos colmillos que en él se miran desde sus primeras presencias en Teotihuacán, y que no son más que figuraciones estilizadas de dos serpientes que se enfrentan.

Esa pieza tardía se hizo, pues, para explicar el sentido y el contenido de una concepción hasta entonces disimulada, que encerraba una idea fundamental: la unión de dos serpientes y un ser humano.

Las dos serpientes y el ser humano que componen las imágenes de Tláloc, Tlaltecuhltli, la Piedra del Sol, la mal llamada Coatlicue: todas representantes de lo mismo.

El nuevo monumento del Museo de Antropología de la Universidad Veracruzana vendría a cumplir así, con respecto de las imágenes olmecas realizadas antes en esa cultura, la misma función encomendada al Tláloc de la Colección Uhde en relación con las previas imágenes de Tláloc. Esclarecer que ellas representan el enfrentamiento de dos serpientes en el espacio ofrecido por el rostro de un ser humano.

La pieza sería, así, una suerte de Tláloc Uhde olmeca, y pondría en claro que eso mismo, dados los elementos formales que muestran, representan las imágenes análogas que la precedieron. Por ejemplo, las de las hachas votivas estudiadas por Saville.

A propósito del imaginario jaguar visto por él en tales rostros, escribe Covarrubias: “El dios jaguar ‘olmeca’ se desintegraba frecuentemente en las partes que lo componían: la máscara, o rasgos aislados tales como los ojos vacíos, las cejas en forma de sierra, la boca, una cruz y una mano humana. El resultado era tan abstracto que no debe haber tenido significado más que para los iniciados” (1961:66).

El Tláloc Uhde olmeca habría sido hecho para explicar a todos el significado de esos resultados tan abstractos.

Pero aparte de eso, y ya superado el error de imaginar la presencia del jaguar fundándose en rasgos a él ajenos, permanece una muy dudosa afirmación: la de que el resultado de la abstracción de los rasgos era comprensible sólo para los “iniciados”.

Parece, así, estimarse que hay en las representaciones olmecas dos manifestaciones distintas: las que pudieran llamarse naturalistas, comprensibles por todos, y las abstractas, destinadas sólo a la comprensión de los iniciados. El desatino es palmario.

Un ejemplo: en el Monumento I de Las Limas (fig. 27), la figura mayor sería naturalista, en tanto que la de la entidad que sostiene en las piernas (fig. 12), vistos los rasgos de su rostro y la forma de su cabeza, sería abstracta.

La figura mayor, por tanto, sería comprensible para todos; la menor, solamente lo sería para los iniciados.

Se rompe de esta manera la unidad de la obra que sin duda alguna, en éste como en todos los casos, existe ostensiblemente.

Sin ninguna vacilación, afirmo que el sentido básico y pleno de todas las representaciones olmecas, tanto las naturalistas como las abstractas, únicamente era comprensible para aquellos que Covarrubias llama iniciados.

Tan oculto estaba para quienes no lo eran el significado de una expresión naturalista —una cabeza colosal o la figura mayor de El señor de Las Limas—, como el de una abstracta —el rostro de la figura menor de esa misma escultura o el figurado en las hachas votivas.

Volvamos otra vez a éstas y a todas las demás piezas donde se miran rostros semejantes, entre ellas el monumento olmeca nuevamente puesto en exhibición.

En él se explica la estilización del labio superior de todas las anteriores: éste se amplía en la horizontalidad de su porción alta, a fin de crear el espacio capaz de contener dos cabezas de serpiente puestas hocico con hocico, y desciende a los lados para que allí se acomode el principio de sus cuerpos.

Pero ahora se hace necesario indagar el porqué de la forma de representación de esa boca en su totalidad, y del conjunto que compone con la nariz sobre ella situada.

Recuérdese que las piezas estudiadas por Saville difieren entre sí en una serie de rasgos que su misma variabilidad debe hacer que se juzguen secundarios: la presencia o ausencia de colmillos, la forma de éstos cuando existen, la manera de figuración de ojos y cejas, la apariencia de las encías.

Por lo contrario, todas ellas y las abundantes que se les empaorientan, mantienen esencialmente el mismo esquema constitutivo: la gran boca que sugiere un contorno trapecial, la nariz triangular en su parte baja, de breves fosas y directamente puesta sobre la horizontal que, por encima, da límite al labio superior (fig. 28).

Si se dibuja una línea que encierre en conjunto esa boca y esa nariz, se tendrá lo siguiente: una curva cóncava sirve de base; de sus extremos, suben a ambos lados dos rectas que a determinada altura se encorvan, cóncavas también, hacia dentro, y se unen en el punto más alto haciendo otra breve curva, ésta convexa (fig. 29).

El elemento iconográfico así descrito, y que se echa de ver en muchedumbre de rostros olmecas, ha permanecido hasta la fecha sin explicación específica.

Arriesgo ahora una hipótesis explicativa: dicho elemento formal encuentra modelo abrumadoramente exacto en un elemento existente en la naturaleza: la escama que, al frente y por encima de ella, se mira haciendo la forma de la boca de una serpiente que existe todavía en la región que los olmecas habitaron: la víbora de cascabel, el *crotalus durissus durissus* (fig. 9).

Imagínese, dentro del contorno de esa escama bucal, un trazo horizontal tendido de lado a lado a la altura en que su forma se estrecha (fig. 30).

En la parte alta, en el interior del espacio triangular creado por ese trazo, figúrense, contiguos a la base, dos círculos completos o no: se tendrá la nariz con sus fosas.

Sítúense, en la parte inferior, los labios: ancho y descendente en sus extremos, el superior; curvo y más angosto el otro. Sobre

ellos, entre ellos, pónganse colmillos o déjense las encías desnudas (fig. 31).

No creo que haya uno solo de los rostros olmecas llamados hasta ahora de jaguar, cuya boca y nariz no puedan ajustarse a tal esquema (fig. 32).

De esta manera, la víbora de cascabel que relacionada con la presencia humana se representó en el Monumento 19 de La Venta (fig. 33), proporciona, mediante la forma de su escama bucal superior, el elemento por el cual se relaciona en definitiva con el rostro del hombre, construyendo su expresión invariable.

Una forma serpentina, pues, presta el marco donde se colocarán, dentro del rostro humano, las cabezas de dos serpientes frente a frente. Da posibilidad al espacio ampliado de ese labio superior, difícilmente explicable de otro modo.

Y hay algo más: el labio superior de los rostros estilizados, con su lugar adecuado a contener dos cabezas serpentinadas, encuentra la confirmación de su significado en los rostros naturalistas.

En efecto, muchos de ellos muestran estilizado el labio superior, como para dar cabida a la figura de las dos serpientes. De allí, posiblemente, esa amplitud labial que hizo pensar en la existencia de rasgos negroides (fig. 1).

Podría, de acuerdo con lo anterior, sugerirse: tanto los rostros estilizados como los naturalistas, expresan la unión de las serpientes con el hombre. En los primeros prevalece la forma del ofidio: el hombre se adapta a los rasgos de la serpiente. En los segundos, ésta se somete a los rasgos del hombre, se humaniza hasta fundirse con él.

Formas estilizadas y naturalistas representan, pues, el mismo concepto, quizás en proceso de evolución.

En resolución: al primer contacto con figuraciones procedentes de la cultura que sería llamada olmeca, Chavero y Kunz las definieron como humanas: negroides o grotescas.

Más tarde, Saville enunció la teoría de que sus rostros eran máscaras de jaguar. Su opinión fue seguida por todos los estudiosos de esa cultura, salvo las excepciones de Gay y Luckert, quienes dijeron que los rostros tales eran serpentinos.

En México, acaso el máximo promotor de la teoría del jaguar fue Miguel Covarrubias. Él llegó a integrar un cuadro iconográfico según el cual las imágenes de Tláloc, Cocijo, Chaac, Tajín, imágenes cuya naturaleza ofídica demuestra el Tláloc de la Colección Uhde, derivan de los rasgos felinos de un rostro olmeca.

Una pieza olmeca recientemente puesta en exhibición en el Museo de Antropología de la Universidad Veracruzana, ha venido a probar el error de estimar como felinos los rostros creados por esa cultura.

La pieza en cuestión es un rostro humano en el cual, lo mismo que lo hacen en el de Tláloc, Cocijo, Chaac y Tajín, se enfrentan dos cabezas de serpiente.

La existencia de tal figuración en la cultura olmeca, la más antigua de Mesoamérica, demuestra que en ella existía ya el concepto de la unión del hombre y las serpientes, concepto que se manifiesta en todas las culturas de la región.

Teotihuacanos, zapotecas, totonacas, mayas y los demás, hasta llegar a los aztecas, crearon imágenes en las cuales ese concepto tiene expresión; son las imágenes de Tláloc, Cocijo, Chaac, Tajín y, ya en los últimos tiempos, la Piedra del Sol, Tlaltecuhltli, la mal llamada Coatlicue y por fin, y aclarando el significado de todas las anteriores, la excultura de la Colección Uhde del Museo de Berlín.

El hecho de que entre los olmecas el dicho concepto se haya manifestado como principal, lo cual se demuestra por el copiosísimo número de las imágenes suyas que lo expresan, viene a justificar plenamente que su cultura sea llamada cultura madre.

Si la cultura olmeca hubiera estado fundada en una relación del hombre con el jaguar, malamente podría llamarse madre de las otras, donde su relación con la serpiente es fundamental y de todo punto innegable.

## Bibliografía citada

BONIFAZ NUÑO, Rubén

1986 *Imagen de Tláloc*. Universidad Nacional Autónoma de México.

COVARRUBIAS, Miguel

1946 "El arte 'olmeca' o de La Venta." *Cuadernos Americanos*, vol. XXVIII, núm. 4, pp. 153-179. México.

---

1961 *Arte indígena de México y Centroamérica*. Traducción de Sol Arguedas. Universidad Nacional Autónoma de México.

CHAVERO, Alfredo

1887 *México a través de los siglos*. Tomo I. Ballezá y Compañía Editores. México.

GAY, Carlo T. E.

1971 *Chalcacingo*. Akademische Druck-u. Verlagsanstalt, Graz, Austria.

JORALEMON, Peter David

1971 *A Study of Olmec Iconography*. Studies in Pre-Columbian Archaeology, Nº 7, Dumbarton Oaks Research Library and Collection. Washington, D. C.

KUNZ, George F.

1890 "Gems and Precious Stones of North America." *The Scientific Publishing Co.*, pp. 278-279. New York.

LUCKERT, Karl W.

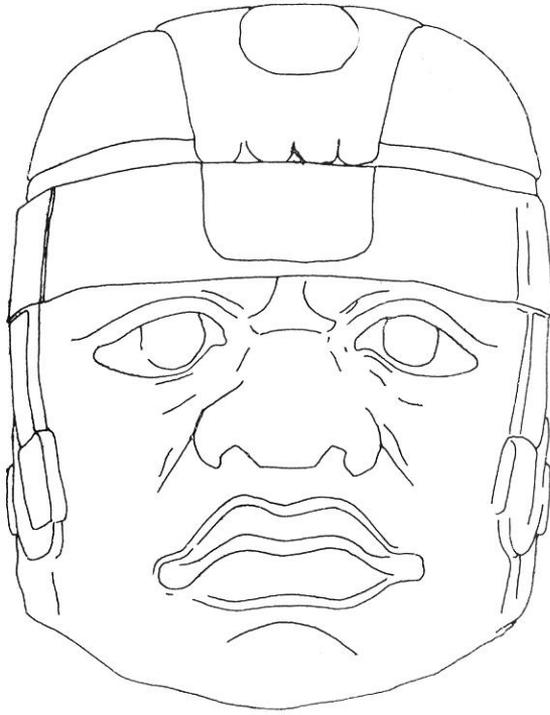
1976 *Olmec Religion*. Norman University of Oklahoma Press. U. S. A.

SAVILLE, Marshall H.

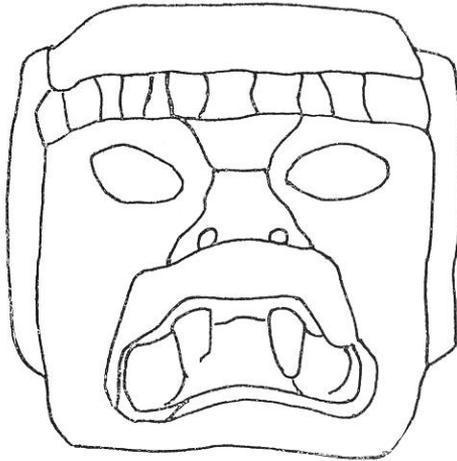
1900 "A Votive Adze of Jadeite from Mexico." *Monumental Records*, vol. I, pp. 138-140. New York.

---

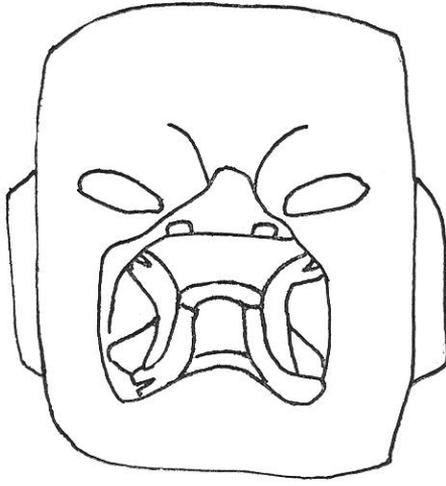
1929 "Votive Axes from Ancient Mexico." *Indian Notes*, vol. VI, Nº 4, pp. 266-269 y 335-542 (partes 1 y 2). Museum of the American Indian Heye Foundation. New York.



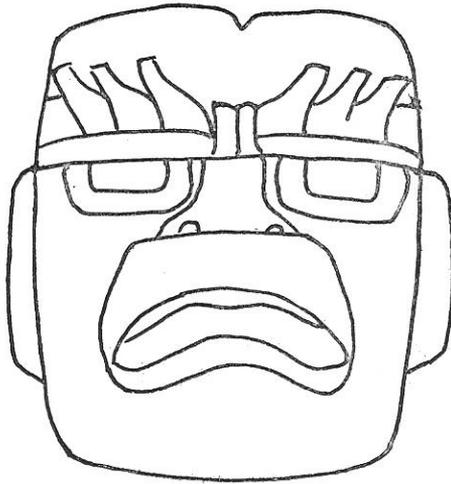
1



2



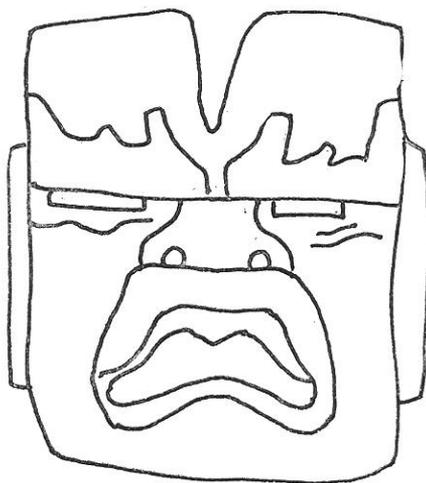
3



4



5



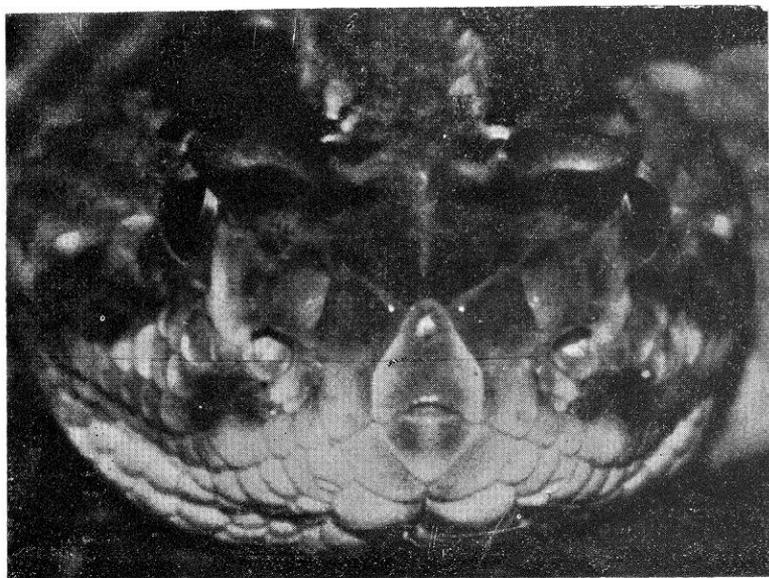
6



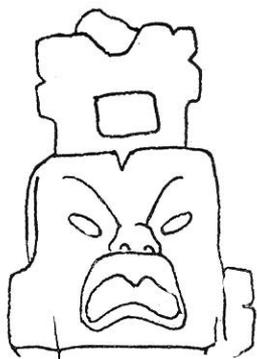
7



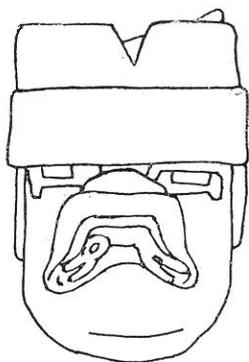
8



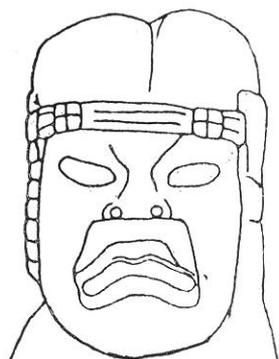
9



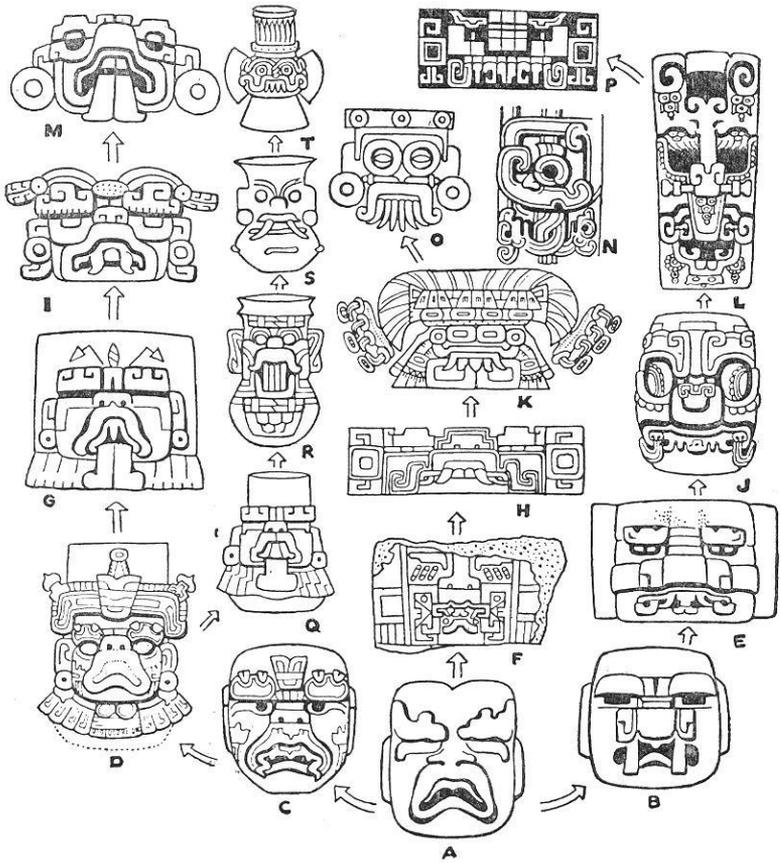
10



11

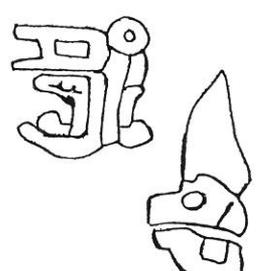
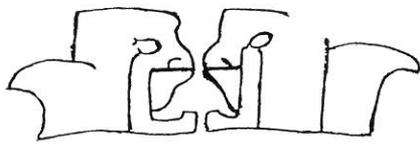


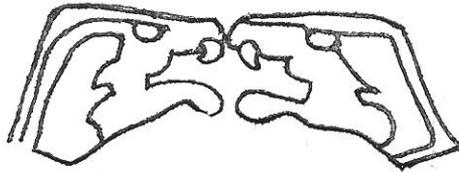
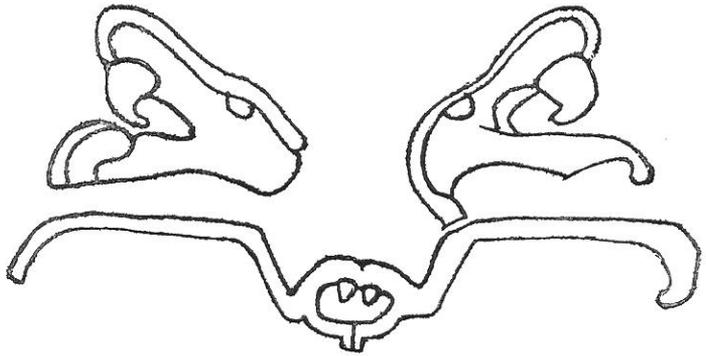
12

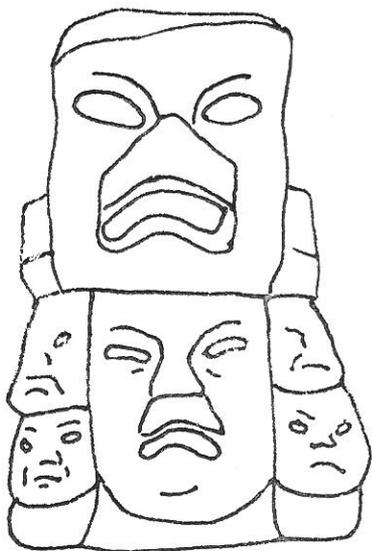












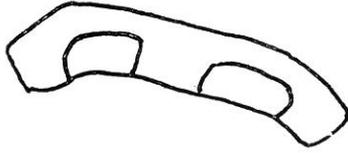
18



19



20



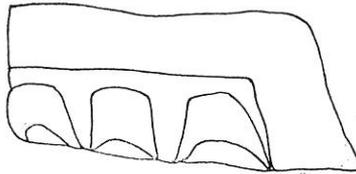
21



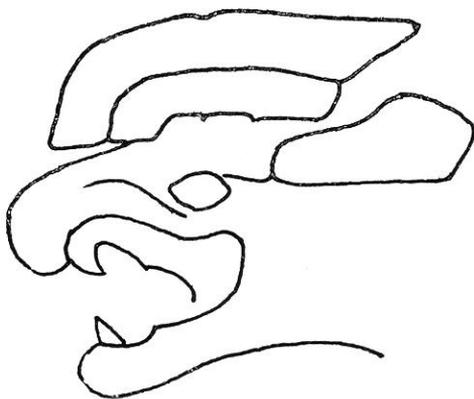
22



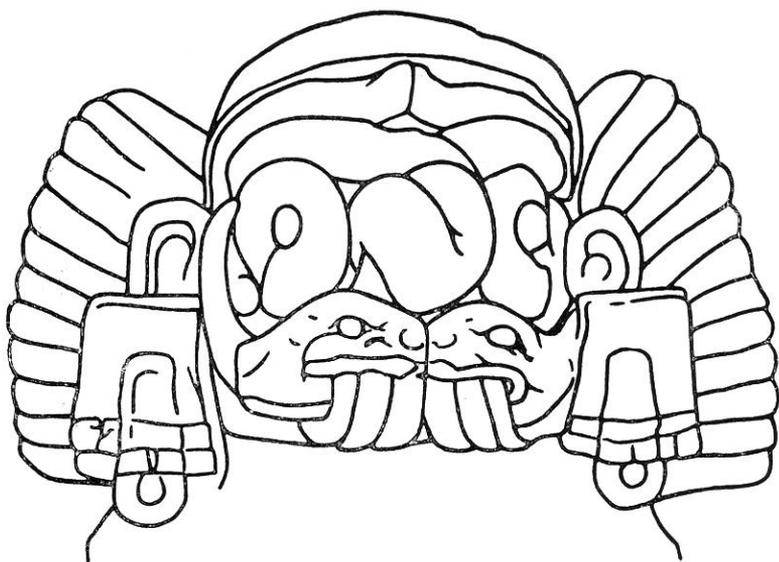
23



24

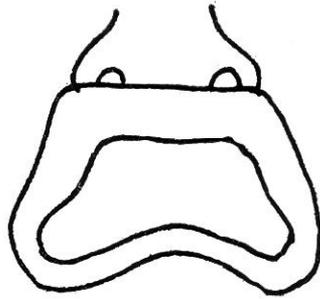
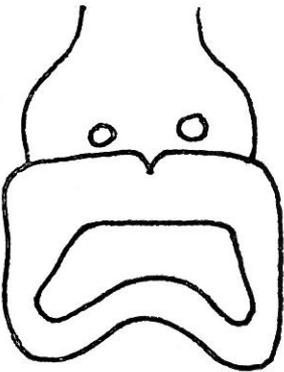
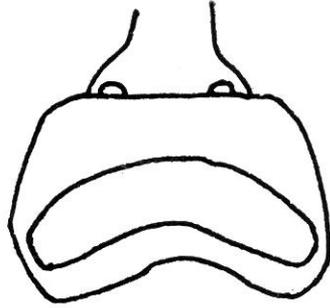


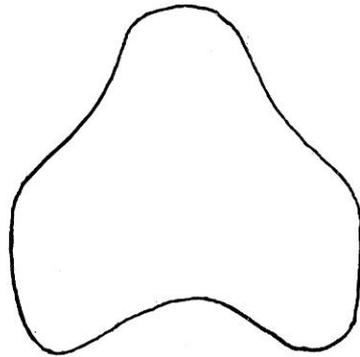
25



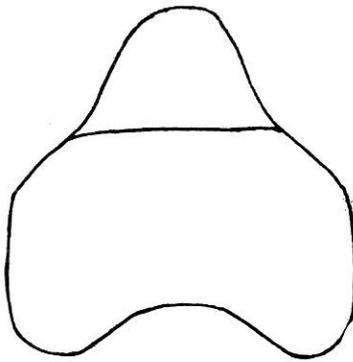
26



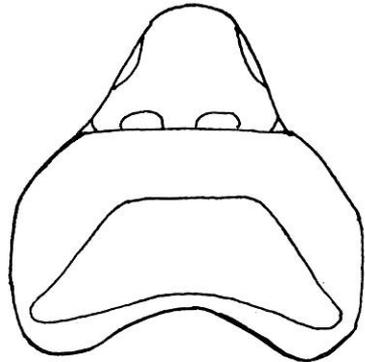




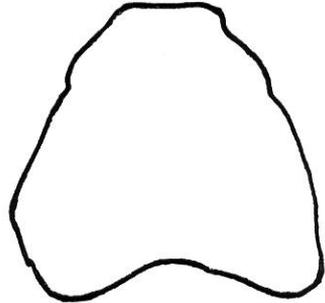
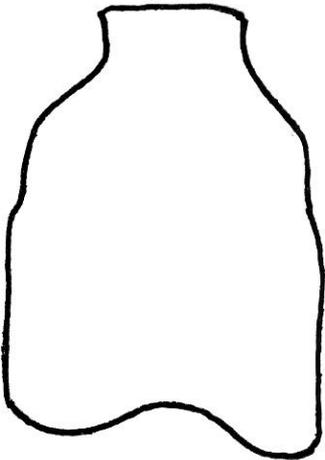
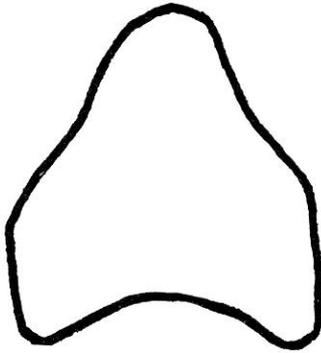
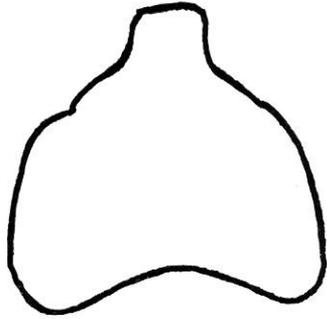
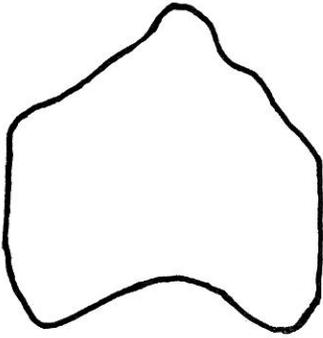
29

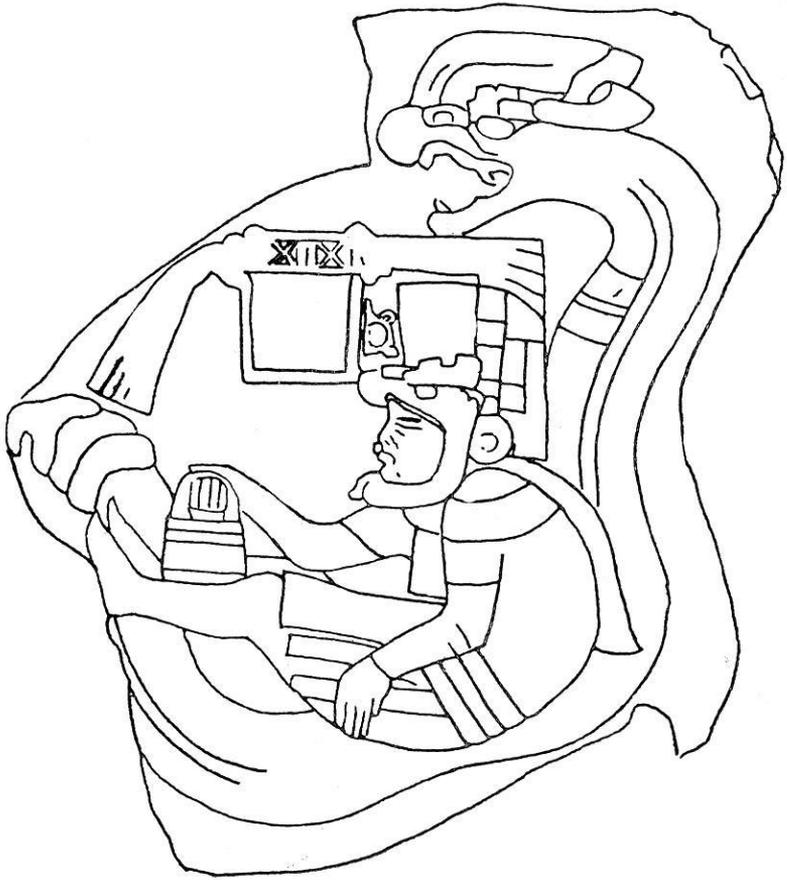


30



31





## INDICE DE FIGURAS

1. Monumento 1 de San Lorenzo.
2. Rostro de un hacha de piedra procedente de Veracruz. (Tomado de Chavero, 1887.)
3. Rostro del hacha de Kunz.
4. Rostro de una pieza del Museo Británico. (Tomado de Saville, 1929.)
5. Rostro de un ídolo del Museo de Washington. (Tomado de Saville, 1929.)
6. Rostro de un hacha de la Colección Dorenberg; Museo Americano de Historia Natural. (Tomado de Saville, 1929.)
7. Rostro del cuauhxicalli en forma de jaguar. Museo Nacional de Antropología, México.
8. Rostro del jaguar olmeca descubierto en las proximidades de San Lorenzo.
9. Fotografía del rostro de una víbora de cascabel. (Tomada de Luckert, 1976).
10. Tocado del Monumento 1 de San Martín Pajapan.
11. Rostro del Monumento 10 de San Lorenzo.
12. Figura menor del Monumento 1 de Las Limas.
13. Cuadro iconográfico de Covarrubias.
14. Fotografía del Monumento olmeca, "Tlálóc Uhde Olmeca", del Museo de Antropología de la Universidad Veracruzana. (Fotografía de Antonio Vizcaino.)
15. Contorno y facciones básicas del "Tlálóc Uhde Olmeca".
16. Rostros humanoserpentinos relevados en el "Tlálóc Uhde Olmeca".
17. Serpientes relevadas en el "Tlálóc Uhde Olmeca".

18. Monumento 44 de La Venta.
19. Rostro relevado en el lado derecho del Monumento 5 de La Venta.
20. Máscaras olmecas con incisiones faciales. (Tomadas de Covarrubias, 1961.)
21. Diseño del labio inferior del "Tlálloc Uhde Olmeca".
22. Mandíbula inferior de una serpiente. Cerámica de Tlatilco.
23. Mandíbula inferior de una serpiente. Cerámica de Tlapacoya.
24. Mandíbula inferior de una serpiente. Monumento 19 de Laguna de los Cerros.
25. Serpiente del Monumento 19 de La Venta.
26. Tlálloc de la Colección Uhde, Museo Etnográfico de Berlín.
27. Monumento 1 de Las Limas.
28. Nariz y boca de los rostros estudiados en Saville.
29. Contorno del conjunto de la boca y la nariz de los rostros considerados de jaguar.
30. Escama bucal superior de la víbora de cascabel, dividida por una línea horizontal.
31. Escama bucal superior de la víbora de cascabel, donde se han dibujado las típicas facciones olmecas.
32. Contorno de bocas y narices olmecas comparado con el de la escama bucal superior de la víbora de cascabel.
33. Monumento 19 de La Venta.